

www.loqueleo.com/es

- © 1997, Ángeles Peinador y Carlo Frabetti
- © De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-107-4 Depósito legal: M-37.571-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: febrero de 2020

Más de 18 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

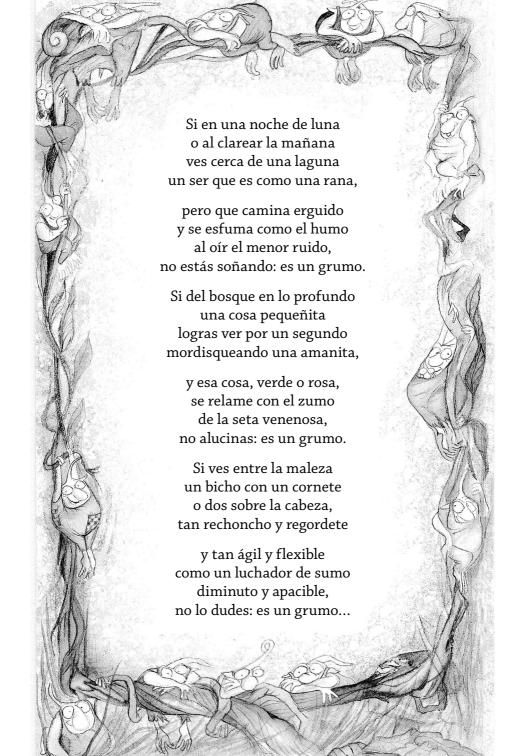
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## El bosque de los grumos

Carlo Frabetti / Ángeles Peinador Ilustraciones de Ángeles Peinador

loqueleo



## El Grumorio

Era el segundo día de vacaciones, y Miguel había ido al bosque a buscar setas. Tenía la cesta llena y estaba a punto de volver a su casa, en una pequeña aldea junto al lindero del bosque, cuando, debajo de un roble, vio una rana mordisqueando un hongo de rojo sombrerete.

Se quedó muy sorprendido, pues creía que las ranas solo comían insectos y otros bichejos, y además aquel hongo era venenoso. Miguel, que entendía mucho de setas, conocía incluso su nombre científico: *Amanita muscaria*, llamada así porque su veneno solía matar a las incautas moscas que acudían a ella atraídas por su vivo color.

9

El niño se acercó sigilosamente y, al verla más de cerca, se dio cuenta de que aquella rana era muy rara. Se mantenía erguida sobre sus patas traseras y tenía una especie de cuernecillo en la cabeza...

Solo pudo examinarla durante unos segundos; pues, al percatarse de su presencia, la extraña rana desapareció tan rápidamente como si se hubiera volatilizado en el aire.

10

Al acercarse a la amanita, Miguel comprobó que estaba mordisqueada. Se inclinó sobre la seta para examinar los mordiscos; pero no tuvo tiempo de hacerlo, pues una mano huesuda y fuerte como una garra lo aferró por el pescuezo.

—¿Qué haces, insensato? —dijo a sus espaldas una voz ronca y áspera.

La poderosa mano lo levantó y lo hizo volverse, y Miguel se halló frente a una anciana de ojos penetrantes que lo miraba con cara de reproche. Iba vestida completamente de negro y llevaba suelto el largo cabello blanco. El niño pensó con espanto que, si existían las brujas, acababa de caer en manos de una.

—¡Vamos, escupe el trozo, mentecato!
─le gritó la vieja, zarandeándolo con violencia.

El pobre Miguel no podía escupir nada, puesto que nada estaba comiendo, y tenía tanto miedo que tampoco podía hablar.

La anciana le abrió la boca con sus manos huesudas y miró en su interior.

- —¡Maldita sea... te lo has tragado! ¿No sabes que esa seta es muy, pero que muy venenosa? ¿Cómo se te ocurre darle un mordisco, pequeño majadero?
- —Sí que lo sé —logró balbucear por fin Miguel—, y yo no la he mordido...
  - -¿Cómo que no? ¿Y ese trozo que falta?

- —Se lo ha comido una rana...
- —¿Una rana? ¿Me tomas por boba? Te crees que soy una vieja chocha, ¿eh? ¡Las ranas no comen setas, botarate!



Dicho esto, levantó a Miguel y se lo cargó al hombro como si fuera un saco. Tenía una fuerza extraordinaria para ser una anciana.

- —¡Suélteme! —gritó el niño—. ¡Socorro!
- —¡Cállate si no quieres que te convierta en un sapo peludo! —lo amenazó la vieja, echando a andar hacia el interior del bosque—. ¿Te gustaría ser un sapo peludo?
- —No —contestó Miguel, con apenas un hilo de voz.
- —Además... por mucho que grites, no te va a oír nadie. Solo yo; y yo no tengo ningunas ganas de oírte. Ya tengo bastante con llevarte a cuestas... ¡Una rana! ¿No sabes lo que comen las ranas?
  - —Insectos, creo...
- —Insectos en movimiento —precisó la anciana—. Las ranas son tan tontas que

13

si ven una mosca quieta no la identifican como comida. Una rana podría morirse de hambre rodeada de rico paté de mosca, pues su pequeño cerebro, casi tan pequeño como el tuyo, solo reconoce como comida algo diminuto y en movimiento, como un insecto volando. De modo que ni siquiera una rana borracha se comería una seta...

14

Miguel estaba más perplejo que asustado. Aquella bruja no parecía tener malas intenciones, pues creía que él había mordido una seta venenosa y había intentado hacerle escupir el trozo. Además, hablaba como una maestra, como si le estuviera dando una lección de Ciencias Naturales. Claro que, puesto que algunas maestras parecían brujas, no era raro que algunas brujas parecieran maestras...

Al cabo de un rato, llegaron a una cueva. La entrada estaba oculta tras unos ma-

15

torrales, y en el interior, débilmente iluminado por una serie de agujeros en el techo, a modo de tragaluces, Miguel vio la más extraordinaria colección de hongos que se pueda imaginar. Había algunos ejemplares enormes, y especies que no había visto ni siquiera en los libros.

La cueva de los hongos comunicaba con otra que, al parecer, era la vivienda de la bruja. Aunque, más que una vivienda, parecía un laboratorio: había varias mesas llenas de frascos, redomas y alambiques, y estantes con montones de viejos libros y extraños cachivaches.

La anciana depositó a Miguel en el suelo, echó mano de un frasco que contenía un espeso jarabe verdoso, llenó una cuchara, y le dijo:

- —Tómate esto.
- —No me lo pienso tomar —dijo el niño con determinación.